

kiosco vecino y aparece una cadina en traje celeste, envuelta en fino velo blanco, seguida de dos esclavas: vá, con permiso de la gobernadora obtenido el día antes, á jugar al globo volante con otra cadina, y al volver una senda umbrosa, se encuentra y saluda cariñosamente á una hermana del Sultan, que se dirige al baño con sus niñas y sus criadas.

En el límite de la senda, ante el kiosco de otra cadina y bajo graciosa techumbre sostenida por cuatro columnas altas y esbeltas como troncos de palmera, un eunuco espera la seña para hacer pasar á una hebrea portadora de joyas, que despues de muchas intrigas ha obtenido el derecho de penetrar en el haren, llevando al propio tiempo que joyas, embajadas secretas de los bajás ambiciosos y de los amantes temerarios.

Al extremo opuesto del haren, la *hanum* encargada de visitar las esclavas nuevas, vá en busca de la gobernadora, para anunciarle que la joven abisinia presentada la víspera, le parece digna de figurar entre las *gueduclú*, si no se fija la atención en una pequeña excrecencia que tiene en el costado izquierdo.

Entretanto en el parquecillo rodeado de mirtos, junto á un alto encañizado, se agrupaban las veinte nodrizas de los príncipes nacidos en el año y un grupo de esclavas tañía las flautas y las cítaras en medio de animado corro de niños ves-

tidos de terciopelo celeste y de raso rojo, á quienes la Sultana madre arrojaba golosinas desde lo alto de la azotea.

Pasaba el maestro que se dirigía á dar lecciones de danza, de música y de bordados á las *chiagird*; los eunucos que llevaban grandes platos llenos de dulces en forma de leones ó de pájaros; esclavas que conducían enormes jarros de flores y pesados tapetes; presentes de una Sultana á una cadina, de una cadina á la Sultana favorita, de ésta á sus parientes.

La tesorera del haren, acompañada de tres esclavas, llega con una novedad impresa en el rostro: el buque imperial mandado al encuentro de las galeras venecianas y genovesas, ha sido abordado por éstas á veinte millas del puerto de Sira y han acaparado toda la seda y todo el terciopelo encargado para el haren del Gran Bajá. Llega corriendo el eunuco para anunciar á una Sultana temblorosa, que la circuncision del niño ha salido de una manera admirable, y poco despues otros dos eunucos se aparecen presentando uno á la madre en fuente de plata la parte amputada por el cirujano, y el otro, en un plato de oro, lleva el cuchillo ensangrentado á la Sultana Validé.

Nótase un continuo abrir y cerrar de puertas y levantar y caer cortinas para dejar pasar noticias, embajadas, regalos y fruslerías.

Quien desde lo alto pudiera penetrar con la

mirada los techos y las cúpulas, vería en lujoso salón una Sultana asomada al ajimez, que mira melancólicamente á través de las cortinas de raso las azuladas montañas del Asia, pensando acaso en su esposo, hermoso bajá, gobernador de lejana provincia, de brazos del cual había sido arrancada segun la costumbre, despues de seis meses de amores, porque no tuvo hijos. En otra habitacion revestida de mármoles y espejos, una cadina de quince años, que espera durante aquel dia una visita del Bajá, y canta infantilmente en medio de un grupo de esclavas que la perfuman y la llenan de flores, poniendo en relieve sus más secretas bellezas con actos serviles de admiracion y de alegría.

Hubiéranse visto Sultanas jovencillas que discurrían por los jardincitos cercados, en torno á las piscinas llenas de peces dorados, haciendo crujir las conchas de las sendas bajo sus finas babuchas de raso blanco; otras pálidas sentadas en el fondo de estancias oscuras en actitud de meditar su venganza; comedores tapizados de brocado, donde los niños condenados á muerte desde su nacimiento, se agitaban en los almohadones de raso bordado de oro, bajo las mesas de nácar; bellas princesas desnudas en los baños de mármol de Páros; *gueduclí* adormecidas sobre los tapices; grupos de esclavas y de eunucos que iban y venían por la galería cubierta, por la escalerilla oculta,

por los vestíbulos y por los semi-oscuros corredores; y por todas partes, rostros curiosos tras de las celosías, mudos saludos cambiados desde las azoteas á los jardines, señas furtivas tras las cortinas, diálogos monosilábicos entre escalon y escalon, rumor de vez en cuando de risas sonoras y comprimidas, seguidas de rápidos pasos de personas que huían á lo largo de los muros claustrales.

Mas no solo se cruzaban intrigas amorosas y juegos pueriles en aquel laberinto de jardines y de templetes. La política se infiltraba por los resquicios de todas las puertas y por los orificios de todas las celosías: la potencia de los ojos bellos sobre los negocios del Estado, no era allí menor que en los palacios del Occidente; aquella vida monótona y reclusa acrecía la intensidad de los celos y de las ambiciones. Aquellas cabezas cubiertas de piedras preciosas, agitaban desde las pequeñas cárceles perfumadas, la córte, el Divan, el Serrallo entero.

Por medio de los eunucos, comunicábanse con el muftí, con el visir ó con el agá de los genízaros. Por los administradores de sus bienes, con los cuales podían conferenciar á través de una cortina ó de una celosía sobre sus propios intereses, eran puestas al corriente hasta de los insignifi-

cantes acontecimientos del palacio y de la Metrópoli; sabían el peligro de que estaban amenazadas; conocían los hombres de Estado de los que debían temer ó de los que podían esperar, y ordenaban pacientemente las conjuraciones misteriosas que precipitaban á los enemigos y levantaban á los protegidos.

Todos los partidos de la corte y del Imperio, tenían allí dentro hondas raíces ramificadas en el corazón de las Sultanas favoritas, de las hermanas del Sultan, de las cadinas, de las odaliscas. Había disputas y torneos infinitos á propósito de la educación de los hijos, del matrimonio de las hijas, de las dotes, del orden de prelación en las fiestas, de la sucesión de los príncipes al trono, de la paz y de la guerra.

Los caprichos de las bellas mandaban ejércitos de treinta mil genízaros y cuarenta mil *spahís* á cubrir de cadáveres la riberas del Danubio, y flotas de cien naves á ensangrentar el mar Negro y el Archipiélago. De ellas partían las cartas secretas para los príncipes de Europa, á fin de asegurar el éxito de las negociaciones; sus blancas manos firmaban los decretos que entregaban los gobiernos de las provincias y los altos grados del ejército. Las caricias de Rosellana anudaron el lazo al cuello de los Grandes Visires Ahmed é Ibrahim; los besos de Saffié, la bella veneciana, *perla y concha del Califato*, mantuvieron por muchos

años las relaciones amistosas de la Puerta y de la República de Venecia; la siete cadinas de Murad III gobernaron el Imperio durante los últimos veinte años del siglo XVI; la bella Makpeiker, *forma de luna*, la cadina de los dos mil setecientos chales, reinó sobre dos maridos y sobre dos mundos, desde el primer Ahmed hasta Mahomet IV; Rebia Gulnúz, la odalisca de las cien carrozas de plata, dominó el Divan imperial en los primeros diez años de la segunda mitad del siglo décimo sétimo; y Chekerbulí, *el terroncito de azúcar*, hacía viajar como un autómeta, para sus fines, entre Stambul y Adrianópolis, al sanguinario Ibrahim.

¡Qué confusión de negociaciones, qué intrincada red de espionaje terrible y de chanzas pueriles debieron desarrollarse en aquella pequeña ciudad amorosa y omnipotente!

Discurriendo por aquellos senderos, me parecía escuchar por todas partes un murmullo acelerado de voces femeninas que declaraban, preguntando y respondiendo toda la crónica íntima del Serrallo. ¡Y debía ser una crónica extrañamente variada y llena de peripecias!

Tratábase de saber, cuál sería la cadina escogida

por el Sultan para ser conducida en el verano á su kiosco de las Aguas Dulces; qué dote había sido concedido á la hija tercera del Gran Bajá, que debía casarse con el gran almirante; si era verdad que la yerba dada por el mago Sciungaa á la gobernadora Raazgié, había hecho concebir á la tercer cadina, infecunda durante cinco años; si fué un hecho seguro que la favorita Giamfeda hubiera obtenido para el gobernador de Anatolia, el gobierno de la provincia de Caramania.

De kiosco en kiosco circulaba la noticia de que, aliviándose felizmente la primera cadina, el nuevo Gran Visir, para superar á su predecesor, le había regalado una cama de plata maciza, incrustada toda de esmeraldas; que la preferida del Sultan era la esclava regalada del Kiaya-harem y no la regalada por el Bajá de Adrianópolis; que al morir el grande eunuco blanco, que estaba agonizando, el jóven paje Mehemet, compraría con el sacrificio de su virilidad el cargo ambicionado tanto tiempo.

Decíase en voz baja que no habían empezado las obras del gran Canal del Asia menor, propuesto por el Gran Visir Sinan, por no alejar á los operarios ocupados en levantar el nuevo kiosco para la Sultana Baffo; que la cadina Saharai, de treinta y cinco años, lloraba hacía dos días y dos noches, por temor de ser relegada al viejo Serrallo, y que el bufon Ahmed había hecho reir

de tan buena gana al Sultan, que éste le había nombrado *agá* de los genúzaros.

Oíanse mil epigramas sobre la próxima fiesta por el matrimonio de Otman-Bajá con la Sultana Ummetulá, en la cual un dragon de bronce había vomitado fuego en el At-meidan; sobre el nuevo vestido de la Sultana favorita, todo de terciopelo, cuyos botones eran piedras preciosas, del valor de cien escudos de oro; sobre el nuevo patrimonio concedido á la cadina Kamarigé, *luna de belleza*, de la renta de la Valaquia y sobre la pequeña rosa color de sangre descubierta en el cuello de la *sciamascirusta*, guardiana de las ropas blancas del Sultan, sobre la cabellera blonda y ensortijada del embajador de la república de Génova y sobre la maravillosa carta escrita de puño y letra de la primera mujer del Shá de Pérsia, contestando á la Sultana Currem *la alegre*.

Todas las voces que llegaban de la ciudad, todos los incidentes ruidosos de las discusiones del Divan, todos los rumores escuchados durante la noche en el Serrallo, eran motivo de murmuracion y de mil diversos comentarios en todos aquellos jardincillos por cien grupos de cabecitas circunspectas y curiosas.

Por allí pasaban de mano en mano y de boca en boca los madrigales anónimos del Bajalato, los versos tristes y libres de Abdul-Baki, el inmortal, las poesías aceradas de Abú-Sud, de las que se

decía que cada palabra era un diamante, los cantos ébrios de ópio y de vino de Fuzuli y la lascivia canora de Gazali.

Y todo cambiaba con los cambios de vida y de costumbres del Bajalato.

Ya pasaba á través de aquel reducido mundo como corriente de ternura y de melancolía, ya con cierta dignidad gentil realizaba todas las frentes, el furor del hijo se aquietaba, las costumbres se corregían, el lenguaje se purgaba, nacía el gusto de las lecturas piadosas, ostentábase el recogimiento y la devoción religiosa, y las fiestas mismas, sin ser ménos espléndidas, tomaban el aspecto de la ceremonia alegre, pero mesurada.

Ya subía al trono un Soberano educado desde la infancia en el vicio y en las locuras, y entonces la diosa Voluptuosidad reconquistaba su imperio; los velos caían, volvía á escucharse el lenguaje licencioso y las risotadas sonoras y volvía á verse la desnudez sin pudor; los mercaderes de la belleza partían para la Georgia y la Circasia, las jóvenes afluían; cien mujeres podían alabarse de los abrazos del Gran Señor, los kioscos se poblaban de cunas, las cajas del Erario vertían torrentes de oro, el vino de Chipre y de Hungría corría sobre los manteles cubiertos de flores, Sodomá levantaba su cabeza, Lesbos triunfaba, los bellos rostros de ojos negros palidecían y todo el haren palpitaba, rabioso de sensualidad, en una

atmósfera cargada de perfumes y de vicios, hasta que una noche se iluminaba de improviso con mil antorchas, y las cimitarras de los genízaros imponían el castigo de Dios.

También llegaba la noche tremenda, aun para aquella pequeña Babilonia, oculta tras las flores: la rebelion no respetaba el tercer recinto más de lo que respetaba los otros dos. La soldadesca derribaba la Puerta de la Felicidad y se desparramaba por el haren. Cien eunucos defendían en vano á puñaladas la entrada de los kioscos. Los genízaros saltaban sobre sus cabezas, rompían las cúpulas y precipitábanse en las salas para arrebatarse á los príncipes de los brazos de su madre.

La Validé era arrastrada por los piés fuera de su escondrijo, y á pesar de defenderse con las uñas y los dientes, caía bajo las rodillas de los *baltagí* y moría estrangulada por el cordón de seda de las cortinas.

La Sultana, al volver á su casa, lanzaba un grito desesperado encontrando las cunas vacías, y volviéndose á interrogar á las esclavas, no obtenía más respuesta que un silencio tremendo que quería decir:

—¡Forman un cortejo de cadáveres alrededor del trono tus pequeños!

Los eunucos aterrorizados venían á anunciar á las favoritas, alarmadas por lejano rumor, que era pedida su cabeza y debían prepararse á morir.

Las tres cadinas del tercer Selim, condenadas á la estrangulacion, sentían durante la noche los gritos supremos, unas de otras, y espiraban en las tinieblas bajo la mano convulsa de los mudos.

Celos mortales y venganzas horribles hacían resonar en los kioscos, gritos y temblores convulsivos que esparcían el terror por todo el haren.

La circasiana madre de Mustafá, hería en el rostro á Rosellana; la favorita rival, abofeteaba á Scekerbulí; la Sultana Tarchau, veía cernerse sobre la cabeza de su hijo el puñal de Mahomet IV; la primera cadina de Ahmed I, destrozaba con sus propias manos á la esclava rival y temblaba á su vez, apuñalado el rostro, bajo los piés del Sultan, ébrio de dolor y de rábía.

Las cadinas celosas se acechaban en los corredores oscuros, se motejaban en voces destempladas de *carne vendida*, y se abalanzaban como tigres hiriéndose en la garganta con las puntas de los estiletos envenenados. ¡Y quién sabe cuántas matanzas permanecieron ocultas, de esclavas ahogadas en las fuentes, asesinadas á golpes de daga en las sienes, heridas por el *colbac* de los eunucos, aplastadas tras las puertas de hierro entre los brazos de acero de los diez celosos frenéticos!

Los velos sofocaban los lamentos, las flores

ocultaban la sangre; dos sombras se perdían en el laberinto de los corredores oscuros llevando una cosa negra. El centinela de la torre sobre la ribera del mar de Mármara, escuchaba un golpe sobre el agua y el haren se despertaba al alba, como siempre, perfumado y risueño, sin advertir siquiera que una de sus mil estancias estaba vacía.

Todas estas imágenes acudían á mi mente, vagando por aquel recinto y alzando los ojos á las celosías de aquellos kioscos abandonados y tristes como sepulcros.

Sin embargo, en medio de aquella memoria siniestra, sentía de vez en cuando un dulce movimiento de placer, una especie de trepidacion voluptuosa de adolescente, mezcla de melancolía y de ternura, pensando que las escalerillas por las cuales subía y bajaba, habían soportado el peso de aquellas mujeres bellísimas y famosas; que los senderos que pisaba sintieron el roce de sus vestidos; que la bóveda de aquellos pequeños pórticos que contemplaba pasando, y las esbeltas columnas, repercutieron los argentinos timbres de sus risas infantiles.

Parecíame que alguna cosa de aquellas debía existir todavía en los muros, en el aire. Hubiera querido buscar, pronunciar aquellos nombres me-

morables, repetirlos uno á uno cien veces, y me parecía que alguna respuesta de voz lejana hubiera contestado, que alguna forma blanca hubiera visto pasar sobre las altas azoteas ó en el fondo de los bosquecillos solitarios. Y volvía los ojos aquí y allá, é interrogaba las ventanas y las puertas.

¡Cuánto hubiera dado por saber dónde estuvo encerrada la pobre viuda de Alejo Comneno, la más bella de las prisioneras de Lesbos, y la griega más seductora de su siglo, ó dónde fué vilmente asesinada á puñaladas la hija de Erizzo, gobernador del Negroponto, que prefirió la muerte á las caricias brutales de Mahomet III!

¿A qué ventana se asomaba Currem, la favorita de Soliman, con sus bellas facciones lánguidas de persa, para fijar en el mar de Mármara sus potentes ojos negros, velados por larguísimas sedosas cejas? ¿Cuántas veces sobre este sendero habrá impreso la huella de sus piés ligeros, la bella bailarina húngara que robó Saffié de los brazos de Murad III, deslizándose como una hoja de acero entre los brazos imperiales? ¿Y de este jardincillo no habrá nunca arrancado al pasar, una flor Kesem la bella griega, la feroz celosa de rostro pálido y melancólico que vió el reinado de siete Sultanes? Y la gigantesca armenia que hacía enloquecer de amor á Ibrahim, ¿no habrá sumergido nunca su enorme brazo blanco en el agua de

esta fuente? ¿Y la que tenía el pié más diminuto, la *pequeña favorita* de Mahomet IV, cuyas dos babuchas no abultaban tanto como la hoja de un estilete, ó Rebia Gulnuz, *la bebida de la rosa de primavera* que tenía los más bellos ojos azules del Archipiélago y no dejaba huella de su paso sobre la arena blanca del jardín? ¿Y los cabellos más dorados y la morbidez que poseía Marhfruz, *la favorita del astro de la noche*? ¿Y Milielia, la joven odalisca rusa que suavizó la ferocidad de Otman II? ¿Y las muchachas persas y árabes que adormecían á Ibrahim con sus fábulas? ¿Y las cuarenta jovencillas que bebieron la sangre del tercer Murad? ¿No queda ninguna, ni siquiera una trenza de cabellos, ni siquiera el hilo de un velo, ni siquiera una señal sobre las paredes?...

Y esta fantasía terminaba en una vision dolorosa y espantable.

Veíalas pasar en filas interminables, allá á lo lejos, entre los espesos troncos de los árboles y bajo los largos pórticos, unas tras otras, Sultanas favoritas, Sultanas hermanas, cadinas, odaliscas, esclavas, muchachas apenas adolescentes, mujeres adultas, viejas de cabellos blancos, rostros tímidos de vírgenes y rostros terribles de celosas, dominadoras de imperios, favoritas de un día, en-

cantos de una hora... Criaturas de diez generaciones y de cien pueblos, con sus hijos estrangulados entre los brazos; cual, con el lazo al cuello, ésta, con un puñal en el corazon, la otra, bañada por el agua del mar de Mármara, deslumbradora de joyas, cubierta de heridas, moribunda por el veneno, transfigurada por la larga agonía del viejo Serrallo...

Y pasaban mudas y ligeras como fantasmas, perdiéndose en fila interminable en la oscuridad de los bosques, dejando tras sí larga huella de flores pisadas y de lágrimas y sangre.

Una inmensa piedad invadía mi corazon.

Más allá del tercer recinto, se extiende un trozo de terreno llano cubierto todo por una vegetacion selvática y salpicado por pequeños y esbeltos edificios, en medio de los cuales se levanta la columna llamada de Teodosio, de granito amarillo coronada por bello capitel corintio y sostenida por ancho pedestal en el que se lee todavía las dos últimas palabras de una inscripeion latina que decía:

Fortunæ reduci ob devictos Gothos.

Y allí acaba el llano, sobre el que se extiende el gran rectángulo central de los edificios del Serrallo.

Desde éste hasta el extremo del mismo Serrallo, en todo el espacio comprendido entre el circuito de los tres recintos y las murallas exteriores, flanqueando la colina, crece un bosque de grandes plátanos, de cipreses altísimos, de hileras de pinos, de grupos de áloes y de terebintos y de álamos cubiertos de guirnaldas, de pámpanos de vides enroscadas, que sombrean una série de jardines llenos de rosas y de heliotropos, dispuestos en anfiteatro y atravesados por largas escalinatas de mármol, por las cuales se bajaba hasta la orilla del mar.

A lo largo de la muralla, frente á Scutari, se levanta el nuevo palacio del Sultan Mahmud, que tiene salida al mar por medio de una gran puerta recubierta de cobre dorado.

Junto al Cabo del Serrallo se levanta el haren de verano, vastísimo edificio semi-circular, con capacidad suficiente para quinientas mujeres, con vastos patios, baños espléndidos y jardines, donde se hacían aquellas fantásticas iluminaciones, que se hicieron célebres, bajo el nombre de *fiestas de los tulipanes*.

Delante de este haren, por la parte externa de la muralla, sobre la ribera del mar, estaba la famosa batería del Serrallo, formada por veinte cañones de formas elegantes, esculpidos y grabados, que habían sido cojidos á los ejércitos cristianos en las primeras guerras europeas.

La muralla tenía ocho puertas, tres á la parte de la ciudad y cinco á la parte del mar. Grandes terrados de mármol, avanzaban de la muralla sobre el mar. Caminos subterráneos conducían desde el alcázar al Mármara, de modo que el Sultan podía salvarse de un asalto, embarcándose secretamente y desembarcando en Scutari ó en Top-Hané.

Ni aun esto era todo el Serrallo; junto á los muros exteriores y por los flancos de la colina se levantaban todavía multitud de kioscos, de forma de pequeñas mezquitas, de fortines y de galerías, de alguna de las cuales, por senderos ocultos entre la maleza, se salía á las puertas secundarias del tercer recinto.

Allí estaba el kiosco Yaly, ahora destruido, que se reflejaba en el Cuerno de Oro. Allí está todavía casi intacto, el nuevo kiosco que es un pequeño alcázar redondo, todo ornado de dorados y de pinturas, al cual iban los Sultanes en la puesta del sol á gozar la vista de las mil naves del puerto.

Junto al haren de verano, se hallaba el kiosco de los espejos, donde fué signado el tratado de paz de 1784, por el cual Turquía cedió Crimea á Rusia, y el kiosco de Hassan-Bajá todo resplandecien-

te de oro, cuyas paredes cubiertas de espejos multiplicaban con juego fantástico los reflejos de las fiestas y las orgías nocturnas de los Sultanes. El kiosco del cañon, por cuyas ventanas se arrojaban al mar los cadáveres, surgía junto á la batería del Cabo del Serrallo.

El kiosco del mar en que tenía sus divanes secretos la Sultana favorita de Mahomet IV, colgaba á bisel sobre las corrientes confusas del Mármara y el Bósforo.

El kiosco de la rosa dominaba la esplanada donde hacían ejercicio los pajes, y donde fué proclamada en 1839 la nueva Constitucion del Imperio con el famoso *hatti-cherif* de Gul-Hané.

A la otra parte del Serrallo existe todavía el kiosco de las Revistas, desde el cual los Sultanes veían pasar, sin ser vistos, todos cuantos iban al Divan; sobre el ángulo del muro vecino á Santa Sofia, el kiosco de Alai, desde donde Mahomet IV arrojó al ejército rebelde su favorita Melekí y veintinueve oficiales de la corte morían ante sus ojos; y al otro extremo de la muralla, el kiosco Spechiler, junto al cual el Gran Señor despedía á los grandes almirantes que partían para las guerras lejanas.

De este modo el formidable alcázar, desde lo alto de la colina, donde parecía ocultar sus partes más vitales, se esparcía por la pendiente y á lo largo de la ribera del mar, coronado de torres,

erizado de cañones, engalanado con rosas; lanzaba á todas partes sus barquichuelas doradas, levantaba al cielo una nube de perfumes como enorme altar, reflejaba en las aguas las mil llamas de sus fiestas, arrojaba desde lo alto de sus muros oro á la muchedumbre y cadáveres á las olas; ayer en poder de una esclava, hoy en el de un loco, mañana ludibrio de la soldadesca; bello como isla fantástica, y siniestro como sepulcro de vivos.

La noche está alta; el mar de Mármara refleja el cielo ardiente de estrellas; la luna platea las cien cúpulas del Serrallo y alumbrá la cima de los cipreses y de los plátanos, que extienden sus grandes sombras en los vastos recintos circundados de innumerables ventanas iluminadas que se van apagando una á una.

Los kioscos y las mezquitas resaltan con blancura de nieve en medio del verde lúgubre de los bosques. Las agujas, las puntas de los minaretes, las medias lunas aéreas, las puertas de bronce, las celosías doradas lucen entre los árboles, presentando la vaga apariencia de rica ciudad de oro y de plata.

La imperial ciudad duerme.

Las tres grandes puertas están cerradas hace

tiempo y las llaves enormes suenan aún en manos de los *capigís* bajo la bóveda de los altos vestíbulos. Un destacamento de estos vela ante la puerta de la Salud; treinta eunucos blancos custodian la de la Felicidad, arrimados al muro é inmóviles como bajo-relieves con la cara en la sombra.

Centenares de centinelas invisibles, vijilan desde el muro ó desde las torres, mirando el mar, el puerto, las tenebrosas calles de Stambul y la mole muda y enorme de Santa Sofía.

En las grandes cocinas del primer recinto se ve todavía un ir y venir de linternas que alumbran los últimos quehaceres: despues todo el edificio queda en la oscuridad.

Una luz brilla todavía en la casa del *Veznedar-agá* y del *Defterdar effendi*.

Alguna cosa se mueve en el segundo recinto ante la casa del grande eunuco negro. En el laberinto del haren se van cerrando las últimas puertas.

Los eunucos giran por los paseos desiertos alrededor de los kioscos oscuros, no oyendo otro rumor que el moverse de los árboles agitados por las brisas marinas y el monótono murmullo de las fuentes.

Una paz profunda parece que reina sobre todo el palacio. Sin embargo, una vida febril palpita todavía entre aquellas paredes.

De todo aquel pueblo de esclavas, de soldados, de prisioneros, de servidores, el pensamiento de la noche se levanta confusamente y traspasando los muros del Serrallo, vuela á los cuatro ángulos del mundo en busca de lugares queridos y madres abandonadas desde la infancia y discurriendo sobre antiguas tareas y sobre terribles tiempos lejanos.

Las plegarias y los lamentos mudos se cruzan por los senderos y por los bosques oscuros con el propósito de venganza y de sangre y con el deseo insensato de la ambicion secreta.

El gran palacio duerme un sueño turbado, interrumpido por sentimientos de desconfianza y de miedo. Un murmullo confuso de palabras de cien lenguas, se confunde con el rumor de la respiracion y con el de la vejetacion agitada por el viento.

A escasa distancia, separados por pocas paredes, duerme el paje que se ha prostituido y el iman que ha predicado la palabra de Dios, el verdugo que ha destrozado á un inocente, el príncipe prisionero que aguarda su muerte y la Sultana enamorada que espera su boda.

Criaturas desheredadas de todo bien, reposan junto á riquezas fabulosas; la belleza divina, la deformidad, todos los vicios, todas las prostituciones del alma y de la carne, se encuentran encerradas dentro de los mismos muros.

La arquitectura morisca que se levanta sobre

los árboles, perfila en el cielo estrellado sus mil formas originales y aéreas; sobre las murallas se destacan sombras graciosas de franjas, festones y líneas enroscadas; las fuentes alumbradas por la luna salpican sus aguas de zafiros y diamantes, y todos los perfumes del jardin vuelan llevados del aire nocturno, confundidos en una fragancia potente que entra por las rejas en las salas á proporcionar estremecimientos de placer y sueños lascivos.

Es la hora en que los eunucos, sentados bajo los árboles con los ojos fijos en la velada luz que escapa de las ventanas de los kioscos, prueban su valor hiriendo sus dedos con las puntas de los puñales; la hora en que la pobre jovencilla, robada y vendida recientemente, desde la ventana de su celda, mira con ojos húmedos por las lágrimas, los serenos horizontes de Asia, recordando la campiña donde nacieran y el valle donde fueron enterrados sus padres; la hora en que el galeoto encadenado, el mudo manchado en sangre, el enano despreciado, miden la distancia infinita que les separa del hombre que está sobre todos é interrogan dolorosamente al *Poder oculto* que arrebató á uno la libertad, á otro la palabra, al tercero la forma humana, para darlo todo á uno solo.

Es la hora en que se lamentan los reyezuelos y en que tiemblan los poderosos mal seguros de sus dominios.

Las linternas esparcen por los edificios multiformes reflejos, descubriendo frentes pálidas de tesoreros encorvados sobre los papeles; cabezas de odaliscas desesperadas por largo abandono, buscando en vano el sueño sobre las mullidas almohadas; rostros bronceados de hercúleos genizaros, adormecidos con sonrisa feroz que denuncia la visión de un estrago. Los muros sutiles comunican anhelos de voluptuosidad y sollozos que entrecortan las palabras desesperadas.

Y en tanto que en un kiosco espuma el licor maldito en medio á gran círculo de bacantes medio desnudas; y en una sala semi-oscura, la pobre Sultana, madre de un instante, esconde sollozando la cara en el almohadon por no ver el lago de sangre en el cual espira su hijo, á quien por orden del Gran Señor, la comadre dejó abierto el cordón umbilical, y las cabezas de bey, cortadas al caer la noche, destilan su última gota de sangre sobre el mármol del nicho de Bab-Umaiun; en el kiosco más alto del tercer recinto, en una sala tapizada de damasco rojo, sobre un lecho de piel de marta en medio de un desorden espléndido de almohadones con perlas y de colchas de terciopelo resplandecientes de oro, sobre el que descende la vaga luz de una lámpara morisca de plata cincelada, suspendida del techo de cedro, una bella jovencuela negra, envuelta en un gran velo blanco, que pocos años antes conducía el ganado á

través de las llanuras de la Arabia feliz, inclinada sobre el pálido rostro de Murad III, que reposa durmiendo á sus piés, murmura con voz tímida y dulce:—Había una vez en Damasco un mercader llamado Abu-Eiub que había atesorado muchas riquezas y vivía holgadamente. Tenía un hijo bellísimo que se llamaba *Esclavo de amor* y una hija muy hermosa apellidada por sobrenombre *Fuerza del corazón*. Llegó la hora de morir Abu-Eiub, y dejó todas sus mercaderías envueltas y atadas y sobre todas ellas estaban escritas estas palabras: «Para Bagdad.» Y Esclavo de amor preguntó á su madre:—¿Por qué está escrito *Para Bagdad* sobre todos los géneros de mi padre?—Y la madre contestó:—Hijo mio...

Pero el Gran Bajá se había dormido y la esclava abandona dulcemente su cabeza sobre el almohadon.

Todas las puertas del haren se hallaban cerradas, todas las luces apagadas, la luna platea las cien cúpulas, la media luna y las ventanas doradas brillan entre los árboles, las fuentes corren rumorosamente en el profundo silencio de la noche: el Serrallo reposa.

Y así descansa hace treinta años abandonado sobre su colina solitaria; y ahora podemos repetir

los versos que el poeta persa puso en labios de Mahomet el Conquistador, cuando colocó los pies en el palacio devastado de los Emperadores de Oriente:

—"La inmundada araña urde su tela en la Sala de los Reyes, y de las cumbres orgullosas de Erasciab, el cuervo lanza al viento su canto siniestro."

LOS ÚLTIMOS DIAS.

En este punto encuentro rota la cadena de las reminiscencias detalladas y lúcidas que permiten las largas descripciones; y no recuerdo más que una serie de afanosas correrías de una á otra ribera del Cuerno de Oro, y de Europa á Asia, después de las cuales, por la tarde veía pasar rápidamente ante mí, como un sueño, ciudades luminosas, muchedumbres inmensas, bosques, flotas, colinas... Y el pensamiento de la próxima partida daba á todo cierto color de tristeza, como si aquellas visiones no fuesen ya más que recuerdos de país lejano.

Sin embargo, algunas imágenes conservo inmóviles en medio de la fuga de personas y de cosas á las cuales me parece asistir cuando pienso en aquellos días.